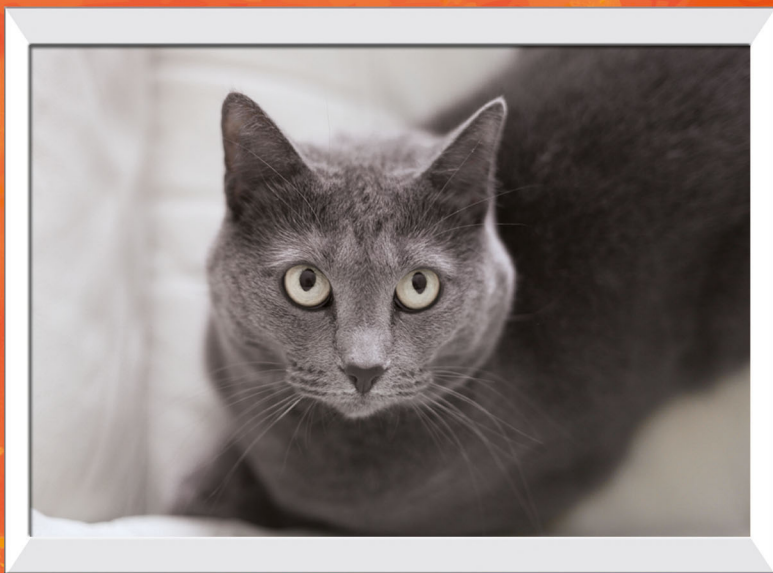


PILAR DEL CAMPO PUERTA

¡Platón soy yo!



Liber
Factory

Muestra

PILAR DEL CAMPO PUERTA

¡PLATÓN SOY YO!

Liber
Factory

PRIMERA VIDA DE UN GATO ESMIRRIADO

-¡U no menos! —dijo Casilda cuando me vio enclenque y medio asfixiado, pensando en tirarme a la basura.

—De eso nada, a este le daremos biberón y ya verás si sale adelante.

Soy descendiente de una preciosa gata gris llamada Luscinda, que trajo al mundo seis cachorros, entre ellos yo. Luscinda vive con su dueña, doña Elvira, y una vieja criada y siempre está enfadada.

—¿Qué haremos con tantos gatos cuando para Luscinda? —preguntaba Casilda sin cesar y esperando como respuesta que podía deshacerse de todos. Pero no.

—Pues ya veremos —contestaba doña Elvira con la parsimonia que la caracterizaba.



Cuando llegué, la decisión de Casilda fue rápida al verme enclenque, desvalido y casi sin aliento.

—Este es el primero en ir a la basura —dijo la vieja y gruñona criada.

—No. Lo criaré a biberón — sentenció doña Elvira.

Gracias a ella estoy aquí. Siempre agradeceré su gesto de salvarme la primera vida, pues debió darle pena mi aspecto o, tal vez, pensó que mi crianza podía ser motivo de diversión en su aburrida vida.

El resto de mis hermanos fueron desapareciendo uno a uno; o mejor dicho, colocados entre las amistades de doña Elvira.

—No quiero aquí más gatos que Luscinda y porque no me queda más remedio que aguantarla, la muy arisca —decía Casilda, al repartidor del supermercado que estuvo un rato rascándome la cabeza.

—Es muy bonito y gracioso. Es un azul europeo. Mi abuela tiene uno igual —contestó el repartidor mientras me seguía acariciando.

—Pues llévaselo a tu abuela —contestó Casilda de muy malos modos.

Vivir en casa de Luscinda, que solo mostraba interés por la comida y las carantoñas de su dueña, siempre adormilada sobre un horroroso cojín lleno de lazos, me ayudó a descubrir muchas cosas y distinguir objetos: mesa, silla, sillón, armario, cama, nevera, televisión, ventana...



¡Soy listo y aprendo rápido!

Pero como también soy curioso, mi primer gran susto llegó rápido.

En cierta ocasión me subí al gran aparador y de un gran salto quise alcanzar la ventana para ver que había más allá, cuando

¡ZAS!

Me di de narices con algo muy duro que me hizo caer de espaldas. Hoy por hoy sé que tropecé con el cristal. Quedé atolondrado en el suelo e incapaz de reaccionar; tampoco vino nadie en mi auxilio, ni siquiera Luscinda, porque dormitaba en su cojín de lazos y ni se enteró.

Aquella hazaña o torpeza me dejó tan débil que pasó un tiempo hasta que pude repetirla, eso sí, habiendo estudiado muy bien la situación, sobre todo la posición del cristal: si no entraba aire estaba cerrado, y si entraba aire estaba abierto. Cuando llegó el momento, volví a saltar al aparador, de ahí a las cortinas, me mecí en ellas buen rato, escalé un poco más hacia arriba, y de nuevo

¡ZAS!



Pero esta vez caí al vacío.

Quedé tendido y despanzurrado contra el suelo.

Me morí.

Al menos eso pensé. Y eso pensó también la vieja Casilda que salió a ver qué había ocurrido.

— ¡Menos mal! ¡Gato tonto! —exclamó, y añadió— ¡Ahora sí, uno menos!

Por no poder articular maullido alguno para decir que solo estaba atolondrado, noté como me cogía del rabo cabeza abajo y depositaba mi maltrecho cuerpo sobre algo blandito y con muy mal olor.

Cerró la puerta de la casa con llave y dio por acabada mi primera vida. Luscinda, ni se asomó; estaría dormida.

